

Palabras del P. Carlos Martínez Oliveras, CMF
Director del ITVR
al inicio de la celebración

Ante la llama encendida del cirio pascual, signo de Cristo Resucitado, nos reunimos para orar por el eterno descanso de nuestro hermano el cardenal Fernando Sebastián Aguilar, fallecido el pasado 24 de enero.

Su dilatada biografía humana, religiosa, claretiana y pastoral testimonia el paso de Dios para muchos lugares e innumerables personas: Calatayud, Vic, Solsona, Valls, Roma y Salamanca en su primera etapa; y, ya una vez nombrado obispo en 1979: León, Granada, Málaga, Logroño y Pamplona, para regresar a Málaga estos últimos años. A ello se une su labor y sus desvelos en diferentes etapas al servicio de la Conferencia Episcopal Española como secretario y vicepresidente. Profundo admirador de Pablo VI, incansable evangelizador como Juan Pablo II, profesor y teólogo de raza como Benedicto XVI; y primer cardenal español nombrado por el papa Francisco, con quien conectó de manera singular en su teología pastoral y sus impulsos de reforma.

Mons. Fernando Sebastián fue hombre libre y sabio, lúcido y sincero, de convicciones profundas y fe recia; teólogo con hondura de pensamiento y hombre de gobierno con decisión en la verdad y la justicia, haciendo honor a la divisa de su escudo episcopal: *veritas in caritate* (la verdad en el amor). Ha sido pastor celoso entregado al pueblo de Dios y hombre de estado, desde su servicio a la Iglesia en España, responsabilizado y comprometido con la construcción de una sociedad más justa, más fraterna y más implicada en la búsqueda del bien común.

Desde sus orígenes, el *Instituto Teológico de Vida Religiosa* halló siempre en el P. Fernando Sebastián un valeroso impulsor; su voz teológica tuvo un peso especial en la Revista *Vida Religiosa*, y a través de la editorial *Publicaciones Claretianas*, nos ha ido ofreciendo su pensamiento en forma de monografías. Él adelantó, con su reflexión sobre la vida religiosa, una teología que después se iría especializando desde las fuentes bíblicas, la tradición de los Padres y los grandes núcleos de Cristo, el Espíritu y la Iglesia.

A lo largo de su biografía el cardenal Sebastián logró ser un aventajado discípulo de san Antonio María Claret, un admirador y propagador de los jóvenes Mártires de Barbastro y un fiel hijo del Inmaculado Corazón de la Virgen María. Ante Ella que, con una mano en el corazón y otra tendida hacia cada uno de nosotros, siempre nos señala el cielo y nos fortalece en la esperanza, encomendamos ante el Señor a nuestro hermano Fernando. •

Palabras del card. Carlos Osoro Sierra
Arzobispo de Madrid
durante la homilía

Señores cardenales: don Antonio M^a (Rouco Varela), don Carlos (Amigo Vallejo), don Aquilino (Bocos Merino), querido arzobispo don Juan (del Río), querido obispo don José María (Gil Tamayo), Sr. Consejero de la Nunciatura monseñor Crotty, querido P. Provincial, Pedro Belderráin, P. Carlos Martínez, director del Instituto Teológico de Vida Religiosa, y P. Procurador de la Congregación (P. José Félix Valderrábano); queridos hermanos sacerdotes, padres claretianos, queridos miembros de la vida consagrada, hermanos todos que estáis presentes en esta ocasión, en esta Eucaristía que estamos celebrando por don Fernando Sebastián, cardenal.

Como podéis comprender, hemos escuchado múltiples veces el *Salmo 22*, donde el Señor nos habla de quién es nuestro Pastor; de que nada nos falta. Y nos invita a vivir siempre en la confianza ilimitada. No solamente en los momentos fáciles como dice la primera parte del Salmo, «en verdes praderas, en fuentes tranquilas, por senderos justos», sino en confianza también en las dificultades que surjan en nuestra vida. Cuando estamos o vamos por cañados oscuros. Siempre el Señor en momentos también de dificultad está con nosotros y su cayado nos da seguridad y nos da confianza en el camino. Confianza en los momentos fáciles, en los momentos difíciles. Confianza expresada en todo lo que el Señor ha hecho por cada uno de nosotros. Nos prepara también para poder sentarnos como estamos haciendo ahora alrededor de esta mesa en la que Jesucristo salva y en la que Jesucristo se va a hacer presente realmente. Nos sitúa frente a todos nosotros sin distinción y nos sitúa de una manera similar, como hermanos y buscando siempre que la bondad y la misericordia de Dios habite en esta Tierra y que seamos todos promotores de esta bondad y de esta misericordia.

Queridos hermanos: hoy estamos celebrando esta Eucaristía por don Fernando Sebastián. Tuve la gracia de tenerle como profesor y más tarde como amigo desde que fue nombrado obispo de León, yo era entonces Vicario general de Santander. Y tuve la gracia no solamente de tener su amistad y su confianza, sino también su consejo en diversas situaciones de mi vida. Yo quiero agradecer al Señor esta amistad, este «armonizaje» a vivir también en confianza como él vivió.

En esas memorias que escribió él, al finalizar el libro nos habla de cómo estaba situado en los últimos años de su vida en esa confianza absoluta con Jesús. Cuando celebramos una Eucaristía es verdad que no estamos celebrando un proceso de canonización, pero también es verdad que hablamos de aspectos de nuestra vida que han sido influenciados también por personas que han estado cerca de nosotros. Y yo no puedo dejar de recordar esta tarde en esta Eucaristía y al hablar de don Fernando de algunos aspectos que a mí me han ayudado más.

El Señor con su Palabra hoy nos avala para decirnos: «Es esto, lo que tenemos que vivir en nuestra vida» y que cada día tenemos que profundizar mucho más. Don Fernando era consciente de que, en su camino de la vida, largo, no había alcanzado todas las metas que el Señor le había propuesto. Pero ciertamente creo que era un hombre de fe, esperanza y de caridad y de amor. Él creyó en estas palabras que el Señor nos ha dado hace un instante en el Evangelio: «Los que me confiaste, que estén conmigo, siempre». Es verdad que el Señor está con nosotros después de su resurrección y de su ascensión: lo había dicho en su vida pública. Pero, sin embargo, es cierto que manifiesta en estas palabras esa fe en la que el Señor vivió, y en la que el Señor quiso que vivamos todos nosotros: «que estén conmigo». En estos momentos nosotros también tenemos esa experiencia de que ponemos nuestra vida junto al Señor.

Deseo recordar una de sus últimas frases de sus memorias. Como tantas veces a los que fuimos sus alumnos en la facultad de Teología de Salamanca nos dijo y nos enseñó. Y cuando ya caminábamos por nuestra cuenta siempre nos animaba a vivir la vida desde la adhesión absoluta y sincera a Jesucristo. Sabiendo que el Señor nos acogía, nos tenía en sus manos porque el Padre se lo había confiado y él deseaba que todos hiciésemos ese camino de confianza que los discípulos de Cristo tenemos que vivir.

Leyendo un texto de san Antonio María Claret me parecía que, de alguna manera, esto se veía realizado en don Fernando, que quiso, por gracia de Dios, pertenecer a esta familia, hacer el camino con esta familia y situarse también en los pasos que san Antonio María Claret dio: «Yo me digo a mí mismo —decía san Antonio María Claret— un Hijo del Inmaculado Corazón de María es un hombre que arde en caridad y abrasa por donde pasa. Que desea eficazmente y procura por todos los medios encender a todo el mundo en el fuego divino de su amor». Su manera de estar entre nosotros don Fernando, su manera de ser, las convicciones fundamentales que tenía, la búsqueda que hizo por hacer presente en esta historia concreta, y en estos momentos de la historia el hacer posible y hacer creíble el Evangelio de Jesucristo, pasaba precisamente por esta pasión que quería, el tiempo concreto que le tocó vivir y puso pasión y ardor para que llegase a este mundo la fe en el Señor, la gloria del Señor y la experiencia de ese amor de Dios que todos nosotros tenemos que tener para poner la vida en manos de Dios. Hablamos de fe, esperanza y de amor.

El Señor le había concedido a dar conocer a Jesucristo. En sus tiempos de confesor en la Iglesia de Salamanca; en sus tiempos después de obispo de León, aquí mientras estuvo sirviendo a la Conferencia Episcopal como Secretario general y que tantas veces en estos últimos días se ha aludido a esta presencia. Más tarde en los lugares que el Señor lo puso: Granada, Málaga, Pamplona. El Señor nos hace ver a un hombre que hizo suya la confesión de Cristo. Esta que hemos dicho en el Evangelio: «Yo te he conocido y estos me han conocido». Es verdad que esas frases

son de Jesucristo, pero es verdad que el ministerio episcopal de don Fernando es expresión también y convicción absoluta de su persona que era el Señor quien le había enviado y quien le había pedido darle a conocer. Y podemos decir que la misión por contagio («estos han conocido a quien tú me enviaste») es cierta. No ha pasado desapercibida su persona, no ha pasado desapercibida su presencia allí donde ha estado. No solamente dando razón de la esperanza, sino también con las mismas situaciones contradictorias que se vivían, mostrando el camino del Señor y mostrándole con una fuerza especial. Él sabía que estaba en una obra de amor, que es la misión que nos ha entregado Jesucristo de anunciarle.

San Antonio María Claret dice en unas palabras interpelantes que tienen una fuerza especial cuando pensamos en D. Fernando: «nada le arredra, se goza en las privaciones, en las dificultades, aborda los trabajos, abraza los sacrificios, se complace en las calumnias y se alegra también en los tormentos. No piensa sino en seguir e imitar a Jesucristo, en trabajar, sufrir y procurar siempre y únicamente la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas». La libertad con que se ha expresado don Fernando siempre en su vida, en su predicación, en sus escritos, en sus orientaciones a todos los que le hemos conocido manifiestan claramente que solo intentaba buscar la gloria de Dios y la salvación de las almas.

Hombre de fe, esperanza, de amor. Decidido a dar a conocer a Jesucristo. Junto con la confianza absoluta en el Señor. Contra todos, muy apagado ya, y casi difícil de entender pude hablar por teléfono antes de marcharme a Panamá y pude oír de sus propios labios: «Mira, Carlos, me pongo en manos del Señor. Que se compadezca de mí». Creo que son éstas las palabras exactas que él me dijo, pronunciadas con mucha dificultad, pero dichas con la fe más profunda. Fue un hombre de confianza en Dios, en el Señor. Esto que nos ha dicho el texto de la *Carta a los Romanos* que hemos proclamado: «Si hemos muerto con Cristo creemos que también viviremos con Él. El Resucitado ya no muere más, la muerte no tiene dominio sobre Él». Y Él, queridos hermanos, tiene dominio sobre nosotros. Nos ha regalado y ha conquistado para nosotros la vida eterna.

Le pedimos al Señor que acoja a don Fernando, y si algo le falta para vivir esa plenitud de la vida de salvación le ponga en manos de Él. Descanse en paz, don Fernando. Y nosotros acogemos a Jesucristo, nuestro Señor, que se va a hacer presente en el misterio de la Eucaristía dentro de unos momentos. Nos ha hablado, nos ha dirigido su Palabra, nos ha mostrado lo que Él desea que vivamos y que seamos hombres y mujeres de fe, esperanza y de amor. Hombres y mujeres convencidos totalmente en dar a conocer a Jesucristo porque es el único que trae la salvación y que da plenitud al ser humano, hombres y mujeres, que nos fiamos totalmente del Señor. Por eso, acogemos su presencia y le pedimos que entre, que ocupe siempre nuestra vida al tiempo que le decimos: «Señor, que tu hijo Fernando Sebastián, cardenal, descanse en paz». Amén. •

Palabras del P. Pedro Belderráin Belderráin, CMF
Superior Provincial de los Misioneros Claretianos (Santiago)
al final de la celebración

A esta hora de la tarde, en la que la Iglesia hace memoria de la Virgen María, nuestra Madre y Señora, leemos agradecidos el mensaje que el superior general de los Misioneros Claretianos, P. Mathew Vattamattam, ha enviado expresamente para esta celebración:

«Con mucho gusto me uno a todos ustedes para agradecer al Señor el don que su eminencia el cardenal Fernando Sebastián ha supuesto para nuestra congregación y para la Iglesia. Siempre me ha impresionado con cuánta belleza, claridad y coherencia combinó en sí el P. Fernando las diferentes llamadas que había recibido del Señor. Su vocación misionera claretiana enriqueció su amor y servicio a la Iglesia como obispo y como cardenal. Quizá aprendió a ello de nuestro Fundador, que encarnó ejemplarmente el arte de ser obispo misionero.

Como obispo, el P. Fernando se esforzó para entrar en diálogo con las realidades sociales y eclesiales de España con fortaleza profética, como un hombre lleno del fuego del amor de Dios, como un testigo creíble del Evangelio de la alegría y la esperanza.

Entre nosotros, claretianos, ha sido un hermano mayor entrañable, que nos edificaba con su sencillez de vida y la lucidez de su mirada al presente y al futuro. Su recuerdo nos inspira y lo seguirá haciendo. En esta nueva etapa nuestro hermano cardenal intercede por nosotros».

Escuchadas las palabras del P. Mathew, como tantas personas de bien que han dado gracias a Dios por la vida y servicio del misionero Fernando, Hijo del Corazón de María, proclamamos la grandeza del Señor y tratamos de hacer oración las palabras que cierran sus memorias:

«Aquí estoy, Señor, en tu presencia, con los talentos que me diste y con mi pequeña cosecha, esperando de tu misericordia que me acojas en tu Reino, que cuando llegue mi hora me hagas entrar en la casa de tu Padre y de nuestro Padre, por tu misericordia, por el amor del Espíritu Santo, para vivir contigo y con María, tu Madre y nuestra Madre, con todos mis seres queridos, gloriosamente, por los siglos de los siglos».

Quiera Dios nuestro Padre conceder esa gloria eterna al cardenal Sebastián. En ella se encontrará con sus hermanos misioneros mártires de los que decía llevar desde joven «una huella imborrable» y a los que llamaba «maestros». Que por intercesión de esos beatos, España obtenga la concordia y reconciliación profunda a las que monseñor Sebastián tanto se entregó. Que el Señor nos libre del catolicismo melifluido del que nos advirtió, de la mundanización, los personalismos y el orgullo espiritual que invitó a desterrar de la vida consagrada.

Hagamos también oración e intentemos realizar uno de sus deseos:

«Es justo esperar que surjan iniciativas nuevas que contribuyan de forma importante al fortalecimiento y a la renovación espiritual de la Iglesia entera. [...] ¿Por qué no pensar en comunidades de vida evangélica, contemplativas y misioneras a un tiempo, con una regla de vida común, bien arraigadas en las Iglesias locales, volcadas enteramente en la vida pastoral diocesana bajo la dirección de los obispos respectivos?».

Mil gracias, Señor, por la vida y el ejemplo de nuestro hermano Fernando. Mil gracias a todos y a cada uno de ustedes por participar en esta celebración. Gracias, don Carlos, queridos señores cardenales, arzobispos y obispos, representantes de la Nunciatura y de tantas familias e instituciones de vida consagrada, familia y amigos del cardenal Sebastián, hermanos y hermanas. Que el Corazón de María nos ayude a encarnar estas palabras de don Fernando. •